

La filosofía y la moralidad de la connivencia

León Trotsky

8 de febrero de 1913

(Versión al castellano desde “La philosophie et la moralité de la connivence”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 414-423; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 39, 8 de febrero de 1913.)

Créame el lector que participo en esta polémica con el corresponsal en Sofía del *Reč* sin ningún entusiasmo, corresponsal que, con no poco retraso, ataca mis artículos sobre las atrocidades de los ejércitos aliados. Mi falta de entusiasmo se debe a que esta polémica no se basa en el contenido de la cuestión, sino en la connivencia con dicho contenido. Aunque tal polémica me resulta repugnante desde el punto de vista literario, es absolutamente necesaria desde el punto de vista político, porque revela la conspiración silenciosa de una gran parte de los periódicos rusos. En efecto, durante la guerra de los Balcanes, estos periódicos trataron a sus lectores como menores de edad que, por razones pedagógicas y patrióticas, debían ignorar los hechos dolorosos que desde hacía tiempo eran conocidos y discutidos por una gran parte de la opinión pública europea.

“En cuanto a la cuestión de la censura militar búlgara”, explica el señor Viktorov, “los corresponsales extranjeros debemos exigir una explicación a la comandancia general búlgara. Pero, personalmente, no creo que podamos exigirla ahora. Creo que el estado mayor búlgaro, muy ocupado con asuntos corrientes, no está en condiciones de responder a una pregunta tan compleja. Así que sólo podremos hacer acusaciones al final de las operaciones militares, cuando nosotros o el estado mayor estemos en condiciones de discutir todo esto sin las inhibiciones dictadas por consideraciones o convenciones de tiempo de guerra”.

Pero, ¿cómo calificar esto? ¿Una bendita inocencia? O... más bien ¿una vil mala fe?

La acusación dirigida contra el estado mayor es la siguiente: las tropas bajo su mando (en particular los chetniks, que se incorporaron a las unidades del ejército al comienzo de la guerra) han cometido, y siguen cometiendo, atrocidades bestiales; arrasan pueblos enteros, apuñalan hasta la muerte a los heridos, fusilan a los prisioneros y violan a mujeres y niños. Además de esta acusación fundamental, que recae sobre los hombros de los burócratas y militaristas que dirigen Bulgaria, he pronunciado otra acusación contra aquellos búlgaros *democráticos* y *radicales* que han aceptado la responsabilidad de censores en nombre del estado mayor estambulovista. Actuando como agentes del estado mayor, han amordazado a los representantes del periodismo europeo.

El señor Viktorov declara al respecto: “Planteada en estos términos, la acusación es inadmisibile. ¿Por qué? Porque los censores dependen del estado mayor. Por tanto, hay que pedir cuentas al estado mayor, pero no inmediatamente. No, no, no, en absoluto inmediatamente. En estos momentos, el estado mayor está “muy ocupado con los asuntos de corrientes”. Cuando termine la guerra, podremos hablar de ello seriamente, sin prisas, “sin las inhibiciones dictadas por consideraciones o convenciones propias de tiempos de guerra”.

¿Y a esto se le llama inocencia? Y aunque lo fuera, ¿qué clase de inocencia sería? ¿No es eso peor que robar?

Sostenemos que el ejército búlgaro, con la complicidad y, en gran medida, por iniciativa del alto mando, ha cometido crímenes terribles y que la principal tarea de la censura militar es encubrirlos.

El señor Viktorov promete debatir el asunto, preparar una rigurosa discusión con el estado mayor sobre la “cuestión de la censura militar”. “En una controversia seria, en la que ambas partes se beneficiarán de las mismas condiciones, diré lo que pienso”. ¿Qué más se puede pedir? El señor Viktorov “dirá lo que piensa”. Pero no ahora. Cuando acabe la guerra, cuando se deje de disparar sobre turcos pacíficos y de matar a puñaladas a los heridos porque son molestos y, más en general, cuando se supriman las “convenciones de la guerra”.

Pero si me lo permite, me gustaría preguntarle: ¿qué tenemos que ver nosotros con su próxima y rigurosa conversación con el estado mayor búlgaro? No consideramos a este último como un interlocutor, dado que la discusión se refiere a cuestiones elementales de democracia y humanidad. ¿Cómo podemos nosotros, periodistas independientes, entablar una conversación con Savov, comandante en jefe búlgaro y ministro de la guerra, acusado de apropiaciones ilegales por el parlamento búlgaro? Es cierto que la guerra ha beneficiado a Savov con una amnistía y, gracias a ello, permaneció al frente de la camarilla militar y la condujo a este sangriento resultado. ¿Por qué un ministro, que en tiempos de paz saqueaba los bienes de su país, no iba a permitir en tiempos de guerra, y sin demasiadas vacilaciones, “convenciones” tales como el saqueo de las vidas y posesiones de los enemigos? ¿Qué ideas podríamos intercambiar con generales corruptos, amnistiados gracias a la desgracia nacional de la guerra? ¿Hay algún terreno común entre nosotros y ellos para discutir principios políticos y conceptos morales? Necesitan la censura para ocultar sus crímenes y atrocidades. Odiamos su censura precisamente porque está diseñada para ocultar sus atrocidades y crímenes. ¿De qué podríamos hablar con ellos? ¿Y qué interés podríamos tener en los (futuros) debates dirigidos por Viktorov en la prensa general y especializada?

De acuerdo, pero “las conclusiones a las que llega el señor Antid Oto sobre la intelectualidad democrática búlgara son absolutamente erróneas, ya que, *mientras desempeñan sus funciones como agentes de la censura militar* (subrayado mío, L. T.), están sometidos, en su propio país, a la *durissima lex*, aunque no sean responsables de su severidad”. Pero, sí y sin embargo ciertamente. Sin embargo, cabría esperar mayor lucidez de un corresponsal que, como él mismo reconoce, “ha pasado cinco años estudiando la sociedad búlgara en sus más mínimos (!) detalles”. La censura militar no es una *dura lex*, y no porque no sea severa, sino porque no es una *lex*, no es una ley. La constitución búlgara no prevé ninguna forma de censura, ni en general ni en particular, ni en tiempos de paz ni de guerra. La introducción de la censura es, en sí misma, un golpe de estado, al que ningún demócrata debería contribuir. ¿Entiende esto el señor Viktorov? Pero dejemos eso de lado por el momento. La censura existe, y aunque no sea *dura lex*, no deja de ser una dura realidad. ¿Qué consecuencias tiene? “La intelectualidad democrática no ha organizado la censura ni ha establecido las reglas, eso está claro, y en este punto el señor Viktorov tiene razón. Lo hizo el estado mayor estambulovista, los generales Savov y Fičev, en connivencia con Semjon Radev, un publicista con negocios turbios.

Habiendo aceptado actuar como censores, los radicales y demócratas no tuvieron más remedio que someterse a la *severa ley*, es decir, someterse a la voluntad de Fičev y Radev. De eso no cabe duda. Y esto durará mientras sean “agentes de la censura militar”. No antes. Esto es precisamente lo que les reprocho. Asumieron la responsabilidad de guardar los secretos del estado mayor estambulovista. Sin embargo, cualquiera que fuese su posición respecto a la guerra, no podían ignorar que las operaciones militares, y lo que de ellas se derivara, serían dirigidas, no por ellos, sino por el rey Fernando y los estambulovistas. Es decir, precisamente aquel contra cuyo régimen personal los demócratas habían gastado tanta tinta, y contra los que siempre habían calificado de reaccionarios bonapartistas, prevaricadores de la propiedad pública y envenenadores de las conciencias. Al asumir el papel de censores en nombre del estado mayor (ya lo he dicho y lo repetiré) se convirtieron en compañeros de viaje y cómplices de todas las

acciones con las que la guerra envenenó el alma del pueblo búlgaro durante mucho tiempo, quizás décadas.

¿Hemos sido suficientemente claros, señor Viktorov? Expliquémonos. En Abisinia existe la horca para castigar a quienes expresan opiniones contrarias al sistema estatal abisinio. Mientras se mantenga una institución de este tipo, los ciudadanos abisinos que asumen la responsabilidad de actuar como verdugos están “sujetos, en su país, a la *durissima lex*”, sin ser responsables de su severidad. Esta es una verdad innegable. Sin embargo, podría ocurrir que antes de estirar el cuello, el ciudadano abisinio exclamase: “¡Ciudadano verdugo! Hasta ayer te proclamabas defensor de los principios de la democracia, hoy me envías a la muerte por haber servido a esos principios. ¿No es una vergüenza?”. Pero entonces aparecería en escena un tercer personaje, un publicista liberal abisinio. Éste le respondería: “Respetable ciudadano, sus opiniones son completamente erróneas. ¡Tenga un poco de respeto! Este demócrata sólo actúa como agente y, con la ayuda de dos montantes y una viga maestra, intenta cumplir con su deber dentro de los límites de la ley. Por eso enjabona la cuerda, fija el lazo y, con una patada abisinia muy clara, le quita el taburete de los pies. Así son las cosas, querido ciudadano.”

No sé qué respuesta recibiría entonces el sabio publicista abisinio, ¡pero imagino que sería terriblemente elocuente!

Pero el señor Viktorov no deja que tales objeciones le detengan. Las ignora. Para ser exactos, va incluso más allá.

“Si un corresponsal extranjero residente en Sofía, escribe, entrega a un demócrata búlgaro, que sigue haciendo su trabajo de censor en Sofía, un artículo en el que se describen las atrocidades cometidas en Dimotika o las absurdas ejecuciones de Mustafá Pachá, me parece perfectamente comprensible que el censor, por muy demócrata, socialista o anarquista que sea, no permita que se transmita el despacho. Él, el censor, no puede estar seguro de que las cosas hayan sucedido realmente como *alguien* contó al corresponsal de Sofía... Al impedir la difusión de un artículo de este tipo, el censor hace, en cierta medida, un favor al autor del artículo. Por ejemplo, ahora (¿cuándo?) ya se ha establecido (¿por quién?) con bastante claridad (¿cómo?) que no hubo atrocidades en Dimotika”. (Las preguntas entre paréntesis son mías, L. T.)

Para que vean cómo está la situación. El señor Viktorov nos ha prometido conversaciones serias con el estado mayor sobre la organización de la censura militar. Pero en el futuro, cuando el mando ya no se ocupe de “asuntos corrientes”... Por el momento, el señor Viktorov es un defensor de la censura militar, de todo lo que hay de escandaloso, de bárbaro y, por utilizar un término más apropiado, de estúpido en su trabajo. Verán, para el señor Viktorov es “absolutamente comprensible” que el censor impida el envío de un artículo sobre las atrocidades búlgaras, ya que desconoce la fuente de la información y duda de su veracidad. De ello se deduce que la censura búlgara se preocupa por la verdad y la exactitud de los hechos. Por consiguiente, si yo hubiera enviado a los censores de Sofía un artículo sobre la malversación de fondos y la corrupción en la oficina del comandante de la ciudad, el envío no habría suscitado ninguna objeción porque la naturaleza de los negocios que se llevan a cabo en esa oficina es bien conocida por todos. No sólo lo sabía el señor Viktorov, de quien no pueden escapar “los más pequeños detalles”, sino también todos los censores de Sofía.

Pero en realidad, ¡todo el asunto es completamente absurdo! Cuando un corresponsal quiso telegrafiar una noticia que, según el censor, contribuía a la *gran gloria* de Bulgaria, nadie comprobó las fuentes. Nemirovič-Dančenko era libre de enviar fajos de correspondencia heroica y magnánima. En cambio, si los artículos, siempre según el censor, iban en contra de esta famosa *gloria*, eran irremediamente rechazados, independientemente de que las fuentes fueran fidedignas o no. ¿Hay alguien en Sofía que dude de la forma salvaje en que se trató a los pomacos? ¿Nos dejaron escribir sobre ello? El señor Viktorov sabe tanto como yo. Por consiguiente, si los desestima de tal manera

que parezca que el censor rechazaba ciertos mensajes en aras de la verdad, entonces puedo afirmar que el señor Viktorov está incurriendo en la práctica absolutamente inaceptable de la disculpa oficiosa, que no es mejor que la *creatividad* de nuestra oficina de informaciones. Un trabajo verdaderamente miserable para un corresponsal de *Reč* en Sofía.

Pero el nivel de su pensamiento político es aún más bajo que su conciencia profesional. Alguien como él, corresponsal de un periódico liberal, encuentra “absolutamente comprensible” que un censor militar intente comprobar las fuentes de información de un corresponsal extranjero. A decir verdad, los censores de Sofía utilizaban a menudo estos argumentos cuando escribíamos sobre hechos que ensombrecían *la gran gloria* de Bulgaria.

- No podemos dejar pasar este texto porque no conocemos las fuentes y tenemos dudas sobre los hechos.

- Lo siento, pero eso no es asunto suyo.

- ¿Qué quiere decir con eso? Si lo dejamos pasar, significa que confirmamos su contenido.

- Pero, ¿responde entonces el censor de Sofía ante los lectores rusos de lo que escriben los corresponsales de su país? Dado que existe, su censura militar sólo debería comprobar que nuestra correspondencia no perjudica las operaciones militares, nada más. No es asunto suyo si las correspondencias enviadas a nuestros lectores han sido comprobadas o no y si dicen la verdad o no. Nosotros respondemos de nuestros artículos con nuestra firma y nuestros periódicos con su reputación.

A veces, la fuerza de estos argumentos lograba convencer a los censores. Pero el señor Viktorov, periodista libre que trabaja para la prensa libre, adopta, en nombre de sus lectores, el papel patriarcal y policial de los censores militares. Se convierte en una especie de matrona posesiva que comprueba las fuentes, supervisa los artículos, se asegura de que los periodistas se comportan correctamente e incluso llega a proporcionarles *reportajes* (!) para que no se metan en líos.

No puedo decir qué modelos utilizó el señor Viktorov para formar su pensamiento político, pero eso es irrelevante en este caso. No me cabe duda de que hay muchos filisteos en Rusia, e incluso filisteos liberales (algunos de los cuales escriben) que aprecian muchas formas de ver el antiguo orden feudal. Pero que *Reč*, el órgano oficioso del partido liberal, dé a sus lectores esta vieja basura policial en defensa de la censura de Savov-Fičev-Radev contra las acusaciones de los pérfidos periodistas rusos, sí, ¡eso es un escándalo político!

Pero, ¿qué escribe el señor Viktorov sobre el contenido de esta cuestión y, por tanto, sobre las atrocidades en los Balcanes? No mucho, y lo poco que dice es inexacto. Cuando niega, admite, y cuando admite, niega. Hace todo lo posible, sin documentos de apoyo, para desacreditar los hechos en los que me he basado y, al mismo tiempo, se permite una salida prometiendo información “fiable” sobre las atrocidades en los Balcanes. Escribe de forma descuidada e inarticulada, y este miserable y deliberadamente vago batiburrillo es presentado por *Reč* como una respuesta tardía a mi artículo.

El señor Viktorov se ha atrevido a desmentirlo con franqueza en dos ocasiones:

1) en Mustafá Pachá no hubo “ejecuciones convertidas en juegos diabólicos por oficiales ociosos”, porque allí hubo “sólo dos ejecuciones”; 2) “se ha establecido, definitivamente, que en Dimotika no se cometió absolutamente ninguna atrocidad”.

“Sólo dos ejecuciones” en total en Mustafá Pachá. ¿De qué se trata: de las dos ejecuciones o del lugar, Mustafá Pachá? ¿Pretende el señor Viktorov afirmar que las numerosas ejecuciones de civiles turcos, cuya excusa era pasar a cuchillo a colaboradores y espías, nunca existieron, o que cometí el error de situar los “juegos diabólicos” en Mustafá Pachá, cuando sólo hubo dos ejecuciones? Si no escribe con claridad, es porque sabe más de lo que quiere admitir.

En cuanto a Dimotika, “se ha establecido definitivamente” que allí no se cometieron atrocidades. ¿Definitivamente? ¿Significa eso que alguien se tomó la molestia de hacerlo? ¿Y qué ha motivado esta verificación? ¿Un artículo imprudente de un periodista o el prudente silencio de Viktorov? ¿Quién lo estableció? ¿Y cuándo? ¿Y cómo es que *alguien* que me habló de las atrocidades sólo despertó en Viktorov sentimientos de solidaridad con los censores, mientras que *alguien* (¿del estado mayor?) que negó el artículo le inspiró una confianza total? ¡Qué desigual reparto de escepticismo férreo y credulidad impetuosa!

Los soldados búlgaros heridos me contaron las atrocidades que tuvieron lugar en Dimotika. Testigos presenciales han proporcionado una importante confirmación de estos relatos a mí mismo, al Dr. R. Godel, corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, y al señor Beaumont, corresponsal del *Daily Telegraph*, ferviente bulgarófilo y defensor de la necesidad de entregar Constantinopla a Bulgaria. ¿Quizá este *alguien* del señor Viktorov ha clasificado lo ocurrido en Dimotika bajo el epígrafe de “ejecuciones” (o “medidas de seguridad necesarias”) y ha establecido, por tanto, que en Dimotika no ocurrió nada anormal?

Pero, ¿se refieren mis acusaciones únicamente a las ejecuciones de Mustafá Pachá y a las atrocidades cometidas en Dimotika? ¿Por qué el señor Viktorov sólo se refiere a estos dos ejemplos y los refuta en estos términos?

Porque con esta vaga refutación espera desacreditar indirectamente otras denuncias que no se atreve a abordar.

Ah, el señor Viktorov “no pretende afirmar que se cometieran atrocidades en ninguna parte”. Por supuesto, él, el investigador diligente al que no se le escapa “el más mínimo detalle”, no vio nada, así que no pasó nada. El señor Pilenko y el coronel von Dreyer de *Novoe Vremja*, el capitán Mamontov de *Utro Rossii*¹, el señor Nemirovič-Dančenko de *Russkoje Slovo* y el señor Kuznezov de *Golos Moskvy* tampoco vieron nada. Hubo atrocidades, eso es innegable, pero estos seis corresponsales rusos, que, a diferencia de muchos otros, habían recibido permiso del estado mayor para visitar las zonas de combate, no vieron nada con sus propios ojos. Además, no se puede controlar todo. Y a los que sí vieron algo y hubieran querido ver más, el cuartel general se lo impidió o los envió de vuelta a Sofía. En consecuencia, los seis corresponsales mencionados por el señor Viktorov desgraciadamente no vieron nada inapropiado con sus propios ojos, y dado que no eran meros corresponsales sino personas adecuadas elegidas por el estado mayor, tengo que suponer que sus sentimientos de gratitud debilitaron su órgano visual.

Al menos el señor Viktorov habrá oído algo, si no lo ha visto con sus propios ojos. Sin duda, esto debió ocurrir después de las denuncias de las atrocidades que aparecieron en la prensa rusa y europea. Algo habrá oído sobre la violencia en Macedonia, pero ni el ejército ni las unidades chetnik participaron en ella, atribuible casi exclusivamente a “elementos macedonios incontrolables... sedientos de saqueo y venganza”. ¿Por qué el señor Viktorov no ha escrito antes sobre esto? ¿Por qué sólo habla ahora de esos “elementos incontrolables” para refutar otras denuncias? ¿Realmente no sabe nada concreto sobre estos famosos “elementos”? Por ejemplo, tengo una copia de una carta escrita por un alto funcionario búlgaro de una de las ciudades conquistadas en Macedonia a otro funcionario en Sofía². En esta carta, el funcionario menciona (y se indigna por ello) una banda que, mediante asesinatos y robos, había acumulado en poco tiempo un capital de veinte a treinta mil francos. Entre los miembros de esta banda no sólo había personal administrativo menor, sino también, según las sospechas de los lugareños, el superintendente del distrito de policía y... ¡el metropolitano³!

El señor Viktorov no ha oído hablar casi nada sobre las unidades chetnik. Y, sin embargo, llevaron a cabo sus infames actos en todas las provincias conquistadas, hasta el punto de que el mando del ejército serbio tuvo que disolverlas mientras continuaban las operaciones militares. El mando del ejército búlgaro no actuó de la misma manera. En mi

carta al señor Todorov⁴, me referí en particular a las sangrientas operaciones de la “Legión Macedonia”. Si el señor Viktorov quisiera saber más, podría preguntar a los voluntarios de la legión que han regresado a Sofía.

Pero la cuestión más importante se refiere a las fuerzas regulares. Es el núcleo de mis acusaciones. Afirmé categóricamente, y lo repito, que apuñalar hasta la muerte a los heridos y fusilar a los prisioneros eran ya prácticas sistemáticas. Pregunté qué había ocurrido con la masa de heridos turcos que se mencionaban extensamente en los comunicados del cuartel general del ejército búlgaro. Esa era mi principal petición. Pero el señor Viktorov se mostró extremadamente impreciso al respecto. No vio ni oyó nada en persona. A decir verdad, ha leído el relato de las atrocidades búlgaras en la prensa alemana y no oculta que tiene “cierta confianza en estas correspondencias (aunque sean un poco exageradas) porque se basan en elementos recogidos en el lugar de los hechos, gracias a un trabajo difícil y minucioso”.

Sin duda sabe que los censores democráticos y radicales nos impidieron protestar cuando era el momento oportuno. Al final de la guerra (cuando todas las víctimas hayan sido masacradas, L. T.), investigarán seriamente todos los abusos y atrocidades y no dudo de que redactarán su *J'accuse* búlgaro; un *J'accuse* que, dice el señor Viktorov, con convicción, irá “acompañado de pruebas y será, por tanto, aún más terrible” que mis denuncias.

Deduzco, pues, que mis denuncias no eran exageradas, sino detalladas y absolutamente justificadas, confirmadas por el “difícil y meticuloso trabajo” de los investigadores alemanes (en los que el señor Viktorov confía) y, en particular, porque las anunciadas por el estado mayor serán aún más “terribles”. En consecuencia, mis fuentes no eran tan poco fiables. Habiendo rechazado la idea de confiarme a los cuidados del mando búlgaro como periodista privilegiado (preparado para no ver ni oír) y habiendo permanecido, por esta razón, en Sofía, en la retaguardia del frente, me encontraba (como pude comprobar más tarde) en la mejor posición para profundizar en el aspecto negativo de las victorias aliadas sobre el que los *privilegiados* habían hecho la vista gorda. No oculto que, cuando me enviaron a Bulgaria, me negué a desempeñar el papel de “cantor del campamento de los guerreros búlgaros”. Sabía que otros habrían desempeñado este papel con un énfasis que podría llegar hasta el exceso. No me equivocaba. Sospechaba que los cantores “del bando de los guerreros” gorjeaban como ruiseñores sin ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Y estaba en lo cierto. Como opositor de principios a la guerra, centré mi atención en los hechos que ponían de relieve la corrupción moral que la guerra provoca inevitablemente.

¿Quién fue ese *alguien* que me informó y del que habla con desdén el señor Viktorov? Soldados y oficiales heridos en Sofía y Belgrado me contaron historias de heridos apuñalados hasta la muerte y de prisioneros pasados a cuchillo. Algunos me hablaban con repugnancia, otros de pasada y con indiferencia, y otros con consciente indignación moral. A su regreso de los campos de batalla, mis informantes, tendidos y vendados en camas de hospital o sentados en mi habitación de hotel, me contaron los detalles de los combates en los que habían participado. Tengo la conciencia tranquila respecto a estos testigos oculares, porque no son de los que inventan calumnias sobre las atrocidades búlgaras.

Evidentemente, yo no estaba en condiciones de verificar los “más mínimos detalles”, ni de llevar a cabo un trabajo “difícil y meticuloso”. Pero por modesto y limitado que fuera mi conocimiento de los hechos, ¿no estaba obligado a informar de ellos en la prensa rusa? ¿Es el periodista el fiscal que debe redactar el acta de acusación sobre la base de investigaciones que dilucidan todas las circunstancias y condiciones en que se cometió el delito? ¿O debe ser un periodista-historiador que espera tranquilamente a que se acumulen los hechos para, a su debido tiempo, ponerlos en orden? ¿O debe seguir

la pista de los acontecimientos? ¿No deriva el término periodista de la palabra periódico, que significa diario? ¿No tiene que respetar el ritmo diario de su medio de comunicación?

Según sus propias palabras, el señor Viktorov espera pacientemente el momento en que los censores búlgaros se conviertan en delatores y el estado mayor búlgaro se libere de todo asunto rutinario. Mientras tanto, se une a la conspiración silenciosa en torno a las escandalosas revelaciones del señor Antid Oto. El señor Viktorov ha prometido que, a su debido tiempo, discutirá con el estado mayor la organización de la censura en una recepción al aire libre y apoyará las futuras denuncias de los censores (jubilados). Todo ello una vez terminada la guerra, una vez concluido definitivamente el atroz trabajo.

Pero, ¿no es esto burlarse de la opinión pública? ¿Desde cuándo los Viktorov y, sobre todo, sus amos se proponen mantener un paciente silencio sobre las atrocidades cometidas en los Balcanes? Desde que lo han considerado necesario estos políticos incendiarios que han hecho todo lo posible por arrastrar a nuestro país a un conflicto internacional. ¿No significa todo esto que nosotros, los periodistas, al menos los que queremos hacer un periodismo honesto, tenemos el doble de la obligación de abrir los ojos del pueblo ruso a los horrores y crímenes que se ocultan tras la fachada *patriótica* y *nacional* de la guerra? Es cierto que podemos cometer errores de detalle y trasladar ciertas “ejecuciones” de Lozengrad a Mustafá Pachá, pero los hechos denunciados, como demuestra la acumulación de información recogida en libros y periódicos, son sustancialmente ciertos.

Detrás del silencio de Viktorov no había una intención pedante de plasmar la verdad hasta el más mínimo detalle, sino otra cosa: para decirlo más claramente, estaba la mentira. Sí, seguro, la mentira. Y el cálculo político, la reticencia a discutir con alguien y, sobre todo, la preocupación por no desacreditar una determinada política revelando hechos horribles. Porque en realidad, cuando se trata de las atrocidades turcas, no hay ni rastro de la famosa meticulosidad. En el mismo número en el que el señor Viktorov predica la virtud de la paciencia y el silencio, aparece impreso en negrita el siguiente titular: “Masacre de cristianos”. Le sigue un reportaje de una agencia de noticias sobre la masacre por los turcos de los habitantes de tres aldeas cristianas, basado en el testimonio de una “misteriosa joven con su hijo”. A la luz de lo que se ha dicho, las conclusiones del señor Viktorov son farisaicas y ofenden todo sentido moral. Con melosa obstinación, me pide que intercambie con él mis ideas “sobre la ética profesional del corresponsal”. No tenía la menor intención de entrar en una discusión con él sobre “ética” pero, ya que insiste, puedo formular un principio de “ética profesional” que me parece absolutamente incontestable, el mejor que existe y que resume todo lo que hay que decir sobre el tema: ¡no mentir!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

¹ *El alba rusa*. Órganos de los industriales de Moscú que se publicó en 1907 y de 1909 a 1918.

² Ver en esta misma serie “[En las nuevas provincias](#)”.

³ Arzobispo ortodoxo que preside una provincia eclesiástica.

⁴ Ver en esta misma serie: “[Respuesta a Petko Todorov](#)”.